

Partir de la Realidad

Vida Religiosa hoy

Joan Chittister

Dicen que el cambio comienza cuando alguien vislumbra el siguiente paso. O más bien cuando alguien alcanza a ver que el último paso ya no funciona. Descubrir el siguiente se convierte en una bendición, una carga y un reto.

Explorar el siguiente paso es una bendición porque se puede dar el momento mágico de embarcarse a lo desconocido con fuego y con entusiasmo. Y buscar es una carga pesada cuando el camino parece que no lleva a ninguna parte. Y es un reto porque nos confronta con opciones nada fáciles.

La revitalización de la vida religiosa ha sido las tres cosas. Acabado el Vaticano II, todo nos parecía posible, todo se experimentaba. Los religiosos empezaron a emerger de las sombras de la institución y a alejarse de los trabajos tan propios, anónimos y funcionales del servicio social católico para insertarse en las necesidades de un pueblo, no de un sistema.

Los religiosos rompieron las barreras denominacionales. Adquirieron voz en público. Empezaron a operar dentro de la sociedad y hombro con hombro del resto del Pueblo de Dios. Abandonaron las estructuras y símbolos que procedían de una teología dualista y descubrieron lo sagrado en lo secular.

Más que nada, estaban seguros de que poniéndose al día, la vida religiosa se reanimaría, le darían sentido frente a este mundo, la harían atractiva para esta generación, importante a los ojos de los demás.

Pero el mundo siguió su curso como si nada, algo molesto de haber perdido lo que había llegado a ser mística religiosa; otros, confundidos por un estilo de vida aparentemente todavía más sin sentido que nunca. Y si no iban a encontrar mística en la vida religiosa ¿para qué entrar?

Lo que se decía más de la vida religiosa era la edad promedio y la falta de vocaciones. Y algunos, más interesados por los números que por el contenido, decían que la vida religiosa había pasado ya de moda.

Por un tiempo, la mayoría del mundo religioso simplemente ni se movió. Los religiosos de Estados Unidos iban peligrosamente avanzados en el proceso, y pronto fueron descalificados por decadentes o al menos por haberse equivocado seriamente.

En Sudamérica los religiosos estaban también profundamente comprometidos en el cambio y fueron considerados por muchos como ingenuos al servicio de grupos políticos subversivos, más que congregaciones bajo el impulso del Espíritu Santo.

Europa en su mayoría había mantenido, sin embargo, un modelo de vida religiosa más pre-conciliar, y en los nuevos países independientes la mayor parte de los religiosos no estaban interesados en el tema de la renovación religiosa: demasiadas escuelas que abrir, demasiados pobres que atender, demasiados refugiados que acomodar, como para tener tiempo para preguntarse sobre el sentido de la vida religiosa.

En la mayor parte del mundo, la renovación de la vida religiosa tomó más el carácter de un simulacro de incendio, pero no de un incendio de verdad. Algo que había que hacer pero no demasiado en serio.

Pues bien, se acabó el tiempo: los signos están ahora por doquier. El simulacro se ha convertido en incendio. El sentido de pertenencia está por los suelos en todo el mundo. Viejas instituciones religiosas se han vuelto obsoletas o han sido reemplazadas por instituciones laicales. Nada más en Irlanda, en octubre del año pasado, se pusieron a la venta más de 60 propiedades de comunidades religiosas.

Aun en el mundo en desarrollo, si el papel de la vida religiosa se considera sencillamente funcional, las necesidades son demasiadas y las vocaciones, insuficientes. Es decir, donde predomina el modelo occidental de vida religiosa del siglo XIX, los planes de la sociedad y los de las congregaciones no coinciden y dejan a la gente sin apoyo, y a las comunidades sin relevancia social.

La cuestión es, por supuesto, si es todavía de alguna utilidad la vida religiosa en "la era del laicado".

O'Murchu¹ se basa en la evolución histórica de la vida religiosa y en la naturaleza de los conceptos de ciclos de vida institucional (muy en boga entre religiosos de Estados Unidos).

Subraya otras tres dimensiones que están más relacionadas con la situación actual de la vida religiosa y dice que para ser efectiva ha de ser arquetípica, de vanguardia y profética. Es decir, debe reflejar las más profundas aspiraciones del espíritu humano de libertad, amor y justicia. Debe estar en el mundo sin ser del

1 Diarmuid O'Murchu, «Religious Life: A Prophetic Vision».

mundo. Debe ser crítica de la sociedad en la que existe desde la perspectiva del evangelio y para el provecho de los pobres y los oprimidos.

La vida religiosa depende mucho más de la finalidad y los valores del grupo que de las meras estructuras. No es posible renovarse sin cambiar: pero se puede sin renovación.

Azevedo² pide a los religiosos europeos que se abran a los cambios de su situación social, que levanten voces proféticas en su propia cultura y que apoyen en vez de aplastar la nueva función de la vida religiosa fuera de Europa.

Que no se dediquen a las necesidades del pasado, sino que encaren los grandes problemas de la actualidad que plagan y dividen hoy a la gente.

Lo importante es que la vida religiosa está a punto de renovarse y confronta dos opciones: la comodidad personal o la presencia profética, compromisos individuales o congregaciones con carisma. Ninguna de las dos es fácil.

El problema ya no son las estructuras de la vida religiosa: se las ha modificado cuanto se ha querido. El problema ahora es el compromiso de los religiosos mismos.

Si la preocupación fundamental de cada religioso y de sus congregaciones, después de tanto años de adaptación y de ajustes y desarrollo individual, es la comodidad, la seguridad, la espiritualidad privada, la conservación de museos monásticos o antiguas instituciones apostólicas, ambos autores dicen que no hay razón para que exista ese tipo de vida religiosa.

Si comunidades de hoy desaparecen, algo nuevo seguramente seguirá en su lugar, porque el papel de la vida religiosa es personificar y expresar los valores esenciales, los mejores, los valores ejemplares de la humanidad.

Dios nunca deja de “confortar a su pueblo”, de enviarle un profeta, de levantar una voz en el desierto.

Una cosa es segura: hay mucha vida en esta muerte. En estos 25 años han sucedido más cambios en las comunidades religiosas que en todo lo que va desde principios del siglo XIX.

Lo que falta ver es si las comunidades en general van a seguir forjando vigorosamente, para un mundo a punto de globalizarse, una Iglesia entrampada en el sexismo y una nación clasista o si, desgastados por la lucha de los últimos 25 años, y aficionados al calor del nido, se van a contentar con la pasividad, la privacidad y la comodidad personal.

El problema ahora no es ver si en cada comunidad tenemos unos cuantos profetas esforzándose por mantenerse activos bajo el peso muerto del pasado. El problema es si tenemos ahora comunidades proféticas que en conjunto sean un signo de esperanza, donde ni la edad ni el número de religiosos estorbe su llamamiento o suprima sus voces, donde ni el quietismo ni la desesperación oscurezcan

2 Marcello de C. Azevedo, s.j., “Challenges to European Religious”, en «Religious Life Review», Irlanda, 1992.

los modelos alternativos que deben ofrecer, en cada época, a un mundo necesitado de alternativas.

La cuestión ahora es si hay en nosotros espiritualidad profunda, fundamentada, genuinamente evangélica para llegar, más allá de nuestras plegarias personales, a edificar el Reino de Dios, que es a lo que nos llaman esas plegarias.

La Iglesia está esperando. El mundo está a la espera. Los jóvenes están buscando una vida religiosa tan insertada en el momento contemplativo que haga cosas significativas de modo significativo, en este decisivo momento de la historia.

Quieren ver si esta generación de religiosos tienen algo que aportar en esta época, como lo hicieron ante los problemas del pasado.

Ahora tenemos la oportunidad de ser más religiosos que nunca.

Preparado por 25 años de cambios y adaptaciones cosméticas, el mundo está esperando ver si los religiosos van a dar el siguiente paso decisivo.

Joan Chittister; Benedictina de Erie, Pasadena, EEUU

(Tomado de «National Catholic Reporter»,

21 de febrero de 1992, pp. 14-15.

Resumen y traducción de Francisco

Ornelas Gutiérrez, s.j.)